

Pablo F. LUNA

El tránsito de la Buenamuerte por Lima: Auge y declive de una orden religiosa azucarera, siglos xviii y xix

Madrid/Frankfurt/Pamplona, Iberoamericana/Vervuert/Universidad de Navarra, 2017, 424 pp.

Por

Ofelia REY CASTELAO [ORCID](#)

Universidad de Santiago de Compostela

DOI 10.26882/histagrar.076r20r

Historia Agraria, 76, 2018

<http://www.historiaagraria.com/es/numeros/a908>

El estudio de las instituciones eclesiásticas y, en especial, sus economías es uno de los ámbitos temáticos más oscilantes en el tiempo de los que componen nuestra área y todavía lo es más si nos referimos a las economías de los regulares. Fueron vigorosos en los años setenta del siglo xx cuando los historiadores económicos, medievalistas, modernistas y contemporaneístas buscaban datos denodadamente sobre la evolución de la renta y las relaciones de producción entre rentistas y campesinado, y sobre los procesos desamortizadores. Decayeron luego de forma llamativa no tanto por falta de interés como por cierto cansancio debido a la proliferación de monografías dedicadas a monasterios y conventos –pocos cabildos, por cierto–, que no acababan de dar resultados de conjunto, sino trayectorias singulares y diferencias territoriales que dificultaban la comparación. Los problemas de las fuentes, por su dispersión en archivos diversos a causa de las desamortizaciones y exclaustraciones, las lagunas derivadas de la destrucción de muchos documentos en esos procesos y las trabas que en las instituciones (sobre todo, los conventos de religiosas) ponían a la consulta por parte de los investigadores, ayudan a entender esa desafección, sobre todo entre los jóvenes. Sin embargo, siempre se ha mantenido un cierto nivel de publicaciones, un «fondo de librería», y la recuperación en los últimos años viene dando frutos importantes, acompañada de nuevas perspectivas (el interés por las economías monásticas femeninas y de las órdenes mendicantes), nuevos planos cronológicos (sin división por épocas, buscando la larga duración) y nuevos enfoques, el más relevante de los cuales es sin duda la observación de las economías eclesiásticas como lo que eran y no en función de otros objetivos.

En este contexto está precisamente el libro que comentamos, cuyo autor, Pablo F. Luna, se cuenta entre los responsables de la reciente dinamización de este tema, haciéndolo precisamente desde esos nuevos modos de aproximación. A esto se añade el interés de abordar un convento americano, limeño en concreto, ya que, como él mismo indica, en Perú faltan este tipo de trabajos. Adelantamos nuestra valoración positiva de esta obra desde todos los puntos de vista, en especial porque, habiendo trabajado yo misma sobre economías monásticas, soy consciente de la enorme dificultad de lidiar con fuentes heterogéneas y laboriosas, que además son discontinuas en el tiempo y en el espacio, obra humana, al fin, cuya elaboración oscilaba entre la prolijidad y la desidia. La crítica que el autor realiza de la masa documental utilizada es uno de los aspectos clave del libro, ya que no se limita a la exposición de las limitaciones y deficiencias que, por esos motivos, presenta la documentación conservada de la Buenamuerte, sino que la fundamenta y razona, resultando así un excelente aprovechamiento de los datos, sobradamente expresivos de la vida –no solo económica– de una comunidad asistencial. Y esto se hace desde la imprescindible contextualización de esa comunidad en el seno de la orden a la que pertenecía, la de San Camilo, algo que me parece clave, ya que la mayoría de los estudios sobre conventos y monasterios olvidan –o ignoran– que estaban regidos por autoridades

supraterritoriales que diseñaban normas y estrategias de conjunto que intentaban someter la voluntad de monjes, frailes y religiosas a los dictados y al control de las congregaciones. La lejanía que, en este caso, separaba a Lima de Roma (sede de la congregación), da a este trabajo un interés añadido, el del análisis del gobierno a distancia, especialmente en los períodos de irregularidades internas, crisis económicas, pleitos y arremetidas del poder civil, más graves cuanto más se adentraba en el siglo xix.

El título del libro hace más hincapié en la dimensión económica del convento de los camilos (o también, religiosos agonizantes o crucíferos) que en la clerical, no en vano las haciendas azucareras son el gozne de la investigación; pero, en realidad, el autor va mucho más allá y expone la vida de la comunidad y sus avatares desde su fundación (1709-1712) y la exitosa formación de sus bases de subsistencia (gracias a abundantes y generosas donaciones y de adquisiciones) hasta mediado el xix, cuando después de los sobresaltos desamortizadores, reinició su recuperación, alcanzando después hasta fines de ese siglo.

Tras la presentación de la orden de San Camilo, orden romana y tardía, sin bases medievales, expandida –limitadamente– en España, la obra se centra en la creación de la casa limeña y en el asentamiento de un prestigio, adquirido por los religiosos en su ayuda a moribundos, que le supuso la obtención de ricas donaciones. La condición humana de los camilos –individual y colectiva– es fundamental para entender la constitución de un importantísimo y rico patrimonio rural y urbano (el título mendicante de la orden no pasaba de la nomenclatura), pero también los errores de gestión, las corruptelas, los individualismos, e incluso la distorsión de la «misión» asistencial de la casa, que confluyeron en una crisis general a fines del siglo xviii, todo lo cual dificultaba el control desde Roma, y, a la postre, facilitaría a los políticos peruanos decimonónicos una buena panoplia argumental para desamortizar aquel patrimonio.

La dimensión humana sobrevuela todo el capítulo tercero, dedicado a la crisis interna de la Buenamuerte, ya que el déficit estructural de autoridad derivado de la autonomía práctica que la casa mantenía con respecto a un poder lejano, pone a la luz conflictos internos y luchas entre bandos y facciones, frailes enfrentados entre sí, mucho más por causas terrenales (dinero, poder, influencia) que por causas espirituales y asistenciales, hasta el punto de obligar a la intervención del poder civil en el gobierno de la casa en 1787. Esas banderías y similares problemas internos vivían por entonces las órdenes en España, pero en Lima se agravaban por la imposibilidad de una acción rápida y contundente desde Roma o incluso desde Madrid. Esa situación, como dijimos, nos parece esencial porque puso a la vista de la opinión limeña y peruana un conjunto de desviaciones inapropiadas para el carácter de una orden mendicante y asistencial, obligada por su regla a ayudar a los demás en el tránsito al más allá, algo que tanto preocupaba a las sociedades de fines del Antiguo Régimen.

La formación y evolución de las haciendas azucareras, elemento decisivo de la sustentación de los camilos, son objeto del amplio capítulo segundo, el que responde más a la estructura clásica de análisis económico, iniciado en este caso en los años cuarenta del siglo xviii y terminado en vísperas de la desamortización. La actividad de las haciendas contempla no solo la producción y comercialización de azúcar, sino el cálculo detallado de los gastos, lo que no suele ser frecuente en estudios de este tipo por cuanto la documentación contable fue la más destruida en las desamortizaciones al no tener utilidad. Creo que son los gastos, en este caso, y su gestión inadecuada a veces por incompetencia y desidia de los religiosos responsables, o su aumento derivado de momentos malos de la coyuntura agraria, junto con los problemas de la comercialización del azúcar (una tarea que también superaba la competencia económica de los clérigos), lo que explica mejor el endeudamiento acumulado por los camilos desde 1770,

agravado y cronificado por los problemas de mano de obra (esclava en gran medida, lo que no es contradictorio con la condición religiosa de los clérigos) y las malas prácticas (fraude, malversación), además de los ya señalados conflictos internos y el consiguiente desgobierno en vísperas del movimiento independentista. El endeudamiento, en forma de censos, y las cargas crecientes sobre la Buenamuerte, junto con el servicio de la deuda, recorren todo este capítulo, en el que podemos ver una reconstrucción excelente de la existencia de las haciendas azucareras. Desde esta perspectiva, conviene subrayar que el libro tiene siempre su mirada sobre el ámbito rural y sobre la actividad agrícola, por lo que se contemplan todos los aspectos de esta: trabajo, aperos, suministro de agua, rentabilidad, etc.

El capítulo cuarto es la necesaria introducción al capítulo quinto y final del libro dedicado a la desamortización del patrimonio y las rentas de la casa camilista, ya que explica la idea y la práctica del proceso desamortizador peruano. Partiendo del modelo español, que era ya solo una referencia para los gobiernos limeños después de la independencia de Perú, el autor expone las relaciones entre la Iglesia y los poderes civiles y la evolución normativa y su aplicación real hasta 1867, momento de la desamortización eclesiástica institucional, llegando luego a fines del siglo xix. Desde la página 285 se desarrolla el complejo período en el que la Buenamuerte fue suprimida en dos ocasiones (1829 y 1843), su patrimonio expropiado y recuperado –y mal administrado en los períodos intermedios–, y finalmente restablecida, después de haber perdido sus bases rurales y replegarse en el patrimonio que todavía conservaba en la capital limeña. Es especialmente atractivo el seguimiento de las acciones políticas sobre la institución estudiada, las luchas de intereses en torno a su patrimonio y las repercusiones que tuvieron sobre una casa que representaba no ya a la Iglesia, sino a las instituciones del Antiguo Régimen.

El libro contiene una amplia serie de tablas, mapas y gráficos, y útiles y expresivos anexos que permiten constatar la intensa labor de obtención de datos sobre la que se sustenta, realizada no solo en el archivo del convento de la Buenamuerte, sino en el del arzobispado de Lima, en el General de la Nación Peruana o la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de ese país. Y finaliza con una abundante bibliografía, de gran utilidad para quienes vayan a adentrarse en este tema fundamental de la historia social y económica de los siglos modernos y de inicios de la Edad Contemporánea. Esperamos que el enorme interés y la calidad de esta obra de Pablo F. Luna, contribuyan al florecimiento de más trabajos, en especial sobre las economías eclesiásticas americanas.